

Los taberneros y hostereros de la aldea saludaban á Roca desde sus mostradores con amabilidad, dispensándole su mas agradable sonrisa. Las [muchachas coquetas ó ambiciosas, cosas que siempre suelen ir unidas, le dirigian, ó mas bien á su bolsa, frecuentes miradas. Roca era al parecer el mas feliz mortal de la aldea y probablemente de todos sus contornos. Siempre tenia el bolsillo lleno y las manos abiertas. Bebia poco, pero vivia bien, se divertia mucho sin necesidad de nadie.

Seguramente los cuatro reales diarios que recibia de su maestro no podian bastar á satisfacer las exigencias de semejante existencia.

La curiosidad es una propiedad de todas las condiciones y de todos los paises.

Preguntaron de donde provenia el rio acuñado que salia de las manos del jornalero ocupado en casa del curtidor Antonio.

Roca no tuvo dificultad alguna en decirlo: ¡habia heredado!....

En cualquier parte del mundo, esta palabra cierra la boca aun de los mas indiscretos. Se sospecha acerca de una ganancia, se discute sobre el resultado de una especulacion, pero una herencia, ¡y mas si es de un tio desconocido! esto responde á todo.

No obstante, el dinero tan liberalmente gastado por el jornalero, comenzó despues de algunas semanas á disminuir. Roca marchó, anunciando que iba á examinar sus cuentas y emplear su capital.

A la ciudad de\*\*\* residencia del platero, es donde se dirigió el curtidor para restablecer su bolsa deteriorada.

Poco tiempo despues, volvió desmintiendo de ese modo los rumores de andaluzada que se habian propalado viéndole sin dinero.

Jamás fué mayor el triunfo del mozo. No se trataba ya de algunos miserables escudos, sino de onzas de oro.

Con esto el respeto á Roca se aumentó, siguiendo la marcha ascendente de sus gastos. Su mismo maestro le quedó obligado, recibiendo á préstamo la cantidad de 8,000 reales, cuyo recibo le hizo en 24 de enero de 1701. Una jóven de la aldea, seguida asiduamente por Roca, recibió un bonito reloj de oro, que la dió como si fuera una cosa insignificante: ¡qué no se hace cuando se acaba de heredar!

Roca habia ido en efecto á la ciudad de\*\*\* provisto de ámplios poderes de su maestro para colocar pieles y cobrar cuentas.

En la ciudad de\*\*\* sin ser tan espléndido como en la aldea de\*\*\* no hacia caso del dinero. Pero el origen que él le daba no era el mismo; le hacia derivar de especulaciones lucrativas hechas por cuenta de la casa á que estaba asociado, y sobre todo de sus negocios con el ejército imperial durante su permanencia en\*\*\*

¿Tendremos necesidad de decir lo que ya se habrá adivinado?

Roca era uno de los tres individuos que hemos visto agregados al hospital militar de\*\*\*

En la ciudad como en la aldea estaba pues explicado el origen de su fortuna.

Mas, se ignora como se propagó el rumor de que Roca iba á América para dedicarse allí al comercio. Tenia por fiador y agente en aquel nuevo proyecto, á uno de los hombres mas notables y relacionados de la ciudad de\*\*\*

SEGUNDA SERIE.—1858.

¿Por qué extraño motivo Roca, á quien no recomendaba capacidad bastante, ni el espíritu aventurero necesario, habia tomado el partido de salir de su patria?

No se explicaba bien; pero la América en aquella época pasaba por la tierra prometida de los españoles que iban allí á establecerse. El *tio en Indias*, tenia entonces la reputacion que habia tenido antes y tuvo despues.

Sea de esto lo que quiera, Roca, despues del último viaje que habia hecho á la ciudad de\*\*\*, se rodeó de una sociedad alegre y numerosa.

Reuníanse en la posada que entonces tenia Francisco Millar. Sirvióse á los concurrentes un abundante almuerzo. Se brindó y bebió á la prosperidad del campechano camarada que sabia fortificar tan perfectamente la amistad; diéronse mutuos apretones de manos, y hubo estómagos bastante reconocidos para publicar su fama hasta la aldea de\*\*\* próxima á la ciudad de\*\*\*

Por todas partes el obrero curtidor cambiaba oro para pagar el gasto.

A no ser el disgustillo judicial que Roca esperimentó á consecuencia de lo que llamaba una calaverada, y que debia llamarse un abuso de confianza, nadie hubiera gozado de mas consideracion que el curtidor.

Apesar de eso la separacion fué de las mas tiernas.

—¿Volverás? le decia uno.

—Te lo prometo, contestó Roca.

—¡Oh! querido, ¡cómo me voy á fastidiar lejos de tí sin verte! decia procurando mantenerse en equilibrio, uno de los que habian hecho mas honor al vino del posadero.

—Casi voy á llorar, añadia otro mozo de rostro colorado, que denunciaba al punto la calidad aragonesa del vino que habia saboreado con esceso.

Roca abrazaba al uno, hacia una demostracion amistosa á otro, daba las manos á todos. Por fin, se encontró solo en medio de la calzada real. La accion del aire y el caminar, disiparon la influencia del vino. Los ojos del curtidor perdieron su brillo, su frente se arrugó bajo el peso de una idea alarmante; nose le hubiera conocido.

No tardaremos en volverle á ver á los pocos dias de su partida.

(Se continuará.)

ALEJANDRO GONZALEZ.

CATARATA DEL ORINOCO.—Las cataratas de Maipoures no ofrecen como el Salto del Niágara, alto de ciento sesenta pies, la caída de un enorme volumen de agua que se precipita entera á la vista, sino que forman una cantidad innumerable de pequeñas cascadas que van cayendo de escalon en escalon. Cuando de la ciudad de Maipoures se baja al rio, pasando la roca de Manini, se goza de un espectáculo extraordinariamente maravilloso: los ojos miden repentinamente una sábana espumosa de una milla de estension: masas de rocas de un negro color de hierro salen de su seno, cual antiguas torres; cada islote, cada roca, se adornan con árboles vigorosos de apiñados grupos: encima de las aguas se halla suspendida como una espesa humareda, y al través de aquella niebla vaporosa, donde se revuelve la espuma, se lanzan las cimas de altas palmeras. Cuando los rayos arden-

AÑO XVI. 5.



les del sol de la tarde vienen á romper, deshaciéndole, aquel aire compacto de humedad, los fenómenos de la óptica presentan un verdadero encanto. Los arcos de color desaparecen y vuelven á renacer sucesivamente; ligeros juguetes del aire, su imagen se mece sin cesar: alrededor de las peladas rocas, las murmurantes aguas tienen en las largas estaciones de las lluvias, apiladas islas de tierra vegetal, que adornadas de una multitud de plantas forman en medio de las desnudas rocas plantales de lindas y agradables flores.

### GAINSBOROUGH.

Este retrato, de un joven llamado Buttall, es conocido en Inglaterra bajo la designacion del *Joven azul*. (The Blue Boy.)

Después de la muerte de Gainsborough pasó á diversas galerías, entre otras las del lord Grosvenor: hoy pertenece al marqués de Westminster, y figura en la gran coleccion de las obras de arte espuestas recientemente en Manchester.

La celebridad de esta pintura parece fundarse menos en su mérito que en el singular efecto producido por los vestidos del joven. Su color es de un azul muy brillante. Habiendo, dicen, el ilustre pintor y profesor Josuah Reynolds, dado su opinion de que no es prudente emplear el azul como color dominante en un cuadro, Gainsborough, que no era amigo de Reynolds, quiso protestar contra este axioma por un ejemplo. Tal es la explicacion dada en el libretto-catálogo de la esposicion de Manchester. Según otra tradicion, sir Josuah Reynolds habia pretendido que convenia colocar los tonos mas vivos y los mas vigorosos en el centro de los cuadros, y Gainsborough hubiera imaginado vestir de azul claro su joven personaje para contradecir aquella asercion. El hombre azul de Gainsborough puede probar en efecto, que un grande artista consigue siempre hacer conocer su superioridad, aun en sus mas temerarias tentativas; empero los críticos ingleses confiesan, que si Master Buttall es notable por el agrado y lo natural de su fisonomía, no se puede sin embargo evitar un sentimiento de sorpresa y de turbacion ante el azul y la luz demasiado clara y demasiado espléndida de su traje.

Tomás Gainsborough será un ente original, y en ciertos puntos extraordinario. Sin embargo, no hay que echarle en cara el haberse dejado arrastrar con frecuencia de semejantes escentricidades: la mayor parte de sus cuadros están hechos al contrario con tanto talento como sencillez.

La historia de sus primeros estudios, atestiguan el poder de su vocacion.

Habia nacido en 1727 en Subury, en el Suffolk. Su padre, un honrado pañero, de un carácter enérgico, le envió á la escuela á la edad de ocho años. No era á los libros á lo que estaba llamado Gainsborough para elevarse al rango de los hombres superiores de su país: faltaba frecuentemente á la clase para ir mas lejos, á un hermoso bosque que se extendia á cuatro millas cerca de Suffolk, donde se ensayaba en copiar la naturaleza. Allí, sin haber recibido noticias de nadie, dibujaba todo lo que gustaba á sus ojos y escitaba su imaginacion, y volvia por la noche á su casa con el dibujo

de algun árbol centenario de retorcidas ramas, ó con algun pastor desarrapado, con alguna vaca bebiendo en alguna laguna, ó con algun manantial brotando bajo un cenador de verdes ramas. Estos bocetos, libre y enérgicamente trazados, contenian en germen todo el genio del pintor. Veinte años después se admiraba todavía en su taller, el primero de todos, representando un grupo de árboles.

El padre de Gainsborough comprendió el valor de aquellos principios, y no vaciló en dejar seguir á su hijo su inclinacion con libertad. De diez á catorce años ejerció Tomás, sin mas maestro que su única inspiracion, la pintura; y á fuerza de palpar, de empastar colores, de toques atrevidos, llegó á producir el efecto cuya conciencia tenia él mismo; pero por último llegó.

Cuéntase, que una mañana en el jardin de su padre, al abrigo del sol, en el fondo de un grupo de árboles diseñaba una tapia. De repente aparece sobre la pared la cabeza y el brazo de un paisano, que no creyéndose espuesto á ser visto, se puso á coger apresuradamente las frutas maduras. El joven artista no dió ningun grito, ni hizo el menor movimiento, ocupado únicamente en lo que habia de notable en el rostro expresivo del merodeador, vivamente iluminado por un rayo del sol, lo reprodujo en su fiel dibujo. Era un retrato tan parecido que el padre de Gainsborough exclamó con sorpresa al verle: «¡Toma! es Ton Pearle.» El merodeador se asombró todavía mas de ver su falta tan manifestamente descubierta por el lápiz de un niño.

A los catorce años Gainsborough fué á Londres, y allí estudió desde luego, primero en el taller de Gravelot, pintor francés, hermano del célebre geógrafo D' Ambille, y discípulo de Restou y de Boucher. Recibió en seguida las lecciones de Heciman, uno de los amigos de Hogarth. Pero si estas lecciones le aprovecharon mucho, haciéndole dueño de algunos procedimientos del arte, nada cambiaron en el fondo de su genio, es decir, en su manera libre y atrevida de observar é interpretar la naturaleza: permaneció siempre perfeccionándose en lo que habia sido en aquel bosque de Suffolk: así las lecciones de las escuelas, ni las obras de los grandes maestros pudieron debilitar ni alterar nada de su originalidad.

Después de una mansion de cuatro años en Londres volvió á la casa de su padre. Tenia entonces diez y ocho años. Tenia gran talento; era alto y de hermoso rostro. Su familia y sus compatriotas le recibieron muy bien, y admiraron sus progresos. Por su parte, él volvió á tomar con pasion sus estudios del paisaje.

Trabajaba un dia con atencion en medio de los bosques, imitando sobre el lienzo un grupo de árboles, algunos carneros pasciendo á la sombra, y palomas silvestres que se arrullaban sobre las ramas. Pasó por allí una joven: marchaba lentamente cogiendo flores y formando un ramo. Encontró el joven pintor que hermoearia su paisaje, y se complacia en representarla tal cual la veía. De vuelta á su casa habló de su aventura, pero con tal pasion, que bien pronto conocieron que no era solo el artista el que se hallaba conmovido. Llamábase la joven Margarita Puor, y tenia diez y seis años: era de origen escocés: su sencillez era tan notable como su gracia: poseia ademas una renta de dos mil libras (cerca de veinte mil reales de nuestra moneda); su matrimonio no se hizo, pues, aguardar mucho. Las dos familias casaron á nuestros jóvenes, y muy poco después Gainsborough y



su muger, fueron á establecerse á la pequeña ciudad de Ipswich.

Allí vivía un caballero llamado Felipe Thieckmesse, gobernador del fuerte de Languar. Era un hombre que tenía afición á las artes y á los artistas. Paseándose en su jardín, notó de lejos un rostro pálido y triste, que miraba por encima de la verja del vecino. En vano se alejó, dió rodeos; siempre se hallaba seguido por las tristes miradas del desconocido. Sorprendido, importunado, acosado, se adelantó de mal humor hácia la verja, pero con gran sorpresa suya reconoció que aquel rostro no era otra cosa que una cabeza de madera pintada. ¿Quién era el autor de aquella extraña chanza? Supo que era Gainsborough, é inmediatamente hizo conocimiento con él: los retratos, y sobre todo los paisajes que vió en el taller del pintor, le confirmaron en la idea de que Gainsborough no era un hombre comun y ordinario. «La naturaleza, ha escrito despues, la naturaleza y no el hombre era entonces el objeto predilecto de los estudios de Gainsborough, y parecia conocer perfectamente á esta señora.» Pidió el gobernador á su nuevo amigo que pintase el fuerte de Languar con las colinas inmediatas y el puerto de Harwick. Ese cuadro colgado á una pared, cuyo material habia sido mezclado con las aguas del mar, no ha podido conservarse; pero existe una estampa exacta ejecutada por Mayor. Por pago de su trabajo, Gainsborough recibió treinta guineas.

Tocaba el gobernador el violon con bastante habilidad; prestó su instrumento á Gainsborough, que muy pronto sin haber tomado lecciones de nadie, se sirvió de él de tal manera que escedia á Mr. Thicknesse. La música fué desde aquel momento una pasion tan ardiente en Gainsborough, como la misma pintura: «de tal modo, dice uno de sus biógrafos, que era difícil saber cual de las dos artes era la de su profesion, y cual la de su distraccion.»

Los primeros retratos que Gainsborough habia hecho en Ipswich, no le habian sido pagados sino á cinco guineas. Llegó á subirlos á ocho. Su nombre y su talento eran cada vez mas y mas conocidas, y necesitó un teatro mas elevado. En 1758 fué á establecerse á Bath, en el *Circus*. Tenia entonces treinta y un años. En 1761 comenzaba á enviar cuadros á la esposicion de la Academia de Lóndres, y desde aquella época creció todavía con mas rapidez su reputacion, al mismo tiempo que sus rentas.

Deseando en una ocasion hacer figurar un caballo en uno de sus paisajes, se dirigió á un tal Wiltshire, ordinario público de Bath á Lóndres, rogándole le prestase uno por algunos dias. Wiltshire, que tenia grande afición á la pintura, le envió su mas hermoso caballo ensillado y con bridas, rogándole lo aceptase como una prueba de su admiracion. Para responder á esta generosidad Gainsborough pintó al ordinario y á su familia en su galera enganchada, y le envió la pintura con un marco muy lujoso y las mas espresivas gracias. Desde 1761 á 1774, época en que el pintor abandonó á Bath para habitar en Lóndres, fué Wiltshire el que trasportó todos sus cuadros á esta última ciudad, sin querer jamás aceptar de él ningun dinero en pago de su servicio; metia las manos en los bolsillos para que Gainsborough no pudiese ponerle nada en ellas, y decia: «No, no, cuando juzgueis que he hecho bastantes recados y viajes para merecer algun cuadrito, me encontraré suficientemente mas que pagado.» Y de este modo obtuvo en

efecto muchos cuadros, que existen aun todavía en posesion de sus hijos.

Habia sido Gainsborough nombrado miembro de la Academia Real. Nadie le disputaba uno de los primeros puestos entre los pintores contemporáneos. No podia titubear en trasportar su taller á Lóndres. Se estableció en una casa de Pall-Mall, construida por el duque de Schomberg. Sir Josuah Reynolds habia llegado entonces al mas alto grado de su fama como retratista. Se le comparaba con Vandick, á quien superaba, decian, por el parecido fiel y la espresion de las fisonomías. Empero Reynolds, por rápido que fuese su pincel, no podia dar abasto á la numerosa clientela que asediaba su casa. Inmediatamente le seguia como célebre por su talento Gainsborough: lo brillante del colorido de este último, la vida que respiraban los rostros que hacia, lo natural de sus posturas, atraieron bien pronto á su casa una muchedumbre de nobles y ricos ciudadanos, sobre todo cuando hubo terminado y espuesto un cuadro que representaba un grupo del rey, de la reina y de las tres hermanas reales, composicion que fué objeto de la admiracion universal.

No se dejó infatuar por la fortuna y los elogios Gainsborough: permaneció modesto, sencillo y sincero consigo mismo. Si no quedaba satisfecho de lo que pintaba, lo borraba. La jóven duquesa de Devonshire era de tal frescura, de tal brillantez, de tal gracia y viveza, que le aseguraba en aquel tiempo el cetro de la belleza. Gainsborough, despues de haber estudiado por mucho tiempo aquel raro modelo, destruyó de una pincelada todo su trabajodiciendo: «Su gracia es muy difícil para mí.» Pero conservó en sus cartones dos bocetos de aquella hermosa duquesa, que dicen son de un encanto indecible.

Despedia con menos pena á las personas que se presentaban delante de él, y cuyas facciones no le convenian. Se atrevió hasta á negarse hacer un retrato de Josuah Reynolds, y lo mismo le sucedió con los dos célebres actores Garrick y Foote, que abandonó exclamando: «Estas gentes tienen el rostro de todo el mundo, menos el suyo.» Reflexion mas espiritual que verdadera; si el público que ve los actores en diferentes papeles se halla naturalmente espuesto á no formar de sus facciones sino una idea incierta y variada, no le sucede lo mismo al pintor que tiene su persona en sí misma y en su taller.

Se posee un gran número de retratos de actores que son excelentes, y Gainsborough mismo parece haber hecho con gran perfeccion los de mistriss Siddons, espuestos en este momento, como el de Master Buttall en Manchester. Sobre todo en el paisaje es en lo que sobresalia Gainsborough. Sentia revivir en medio de sus bosques y de sus praderas las profundas impresiones que habian encantado su infancia; conmovíase por el sentimiento de una especie de rústica grandeza entre sus chozas, cabañas y rebaños. En el número de sus composiciones mas estimadas se cita el *Leñador y el perro durante la tempestad*, comprado en quinientas guineas despues de la muerte del pintor por su hijo el lord Gainsborough, pero que pereció en el incendio de la casa de este señor.

Otros muchos cuadros ha dejado tambien Gainsborough: pintaba como Reynolds, de pie, y valiéndose de largos pinceles. Comenzaba á trabajar hácia las nueve de la mañana, y continuaba trabajando seguidas cinco ó seis horas.



Consagraba el resto del día á la vida de la familia, á hacer visitas y á tocar la música, á que cada vez tenía mas afición. Admitía en su mesa á toda clase de músicos, poniendo en las nubes á Giardini y su violon. Su casa se hallaba



El hombre azul.

llena de instrumentos los mas variados, los que tocaba por capricho con firmeza y de una manera que ha sido de diversos modos apreciada, pero que parece haber sido en definitiva notable, aunque un poco arreglada, desigual; era en suma un hombre extraordinario.





El grande hombre dobló en tierra la rodilla, humillando ante Dios su genio.—Pág. 30.



## TRIUNFO DE CRISTÓBAL COLON.

### I.

(1493).

Colon ha descubierto un mundo, ha venido y por su parte ha dado la América á la Europa. ¡Oh cuán grande y bello destino el de aquellos hombres que pueden decirse á sí mismos en el lecho mortuario:—Mi vida no ha sido inútil, ni yo he sido una carga inútil sobre la tierra: poeta he consolado á los hombres con mis versos; hombre de Estado he servido á mi patria con la política; soldado la he defendido con mis armas! Aun mejor que todo eso: ¡feliz el que puede decirse: he dado á mis conciudadanos un buen telar para hilar el cáñamo: les he enseñado el modo de conservar el pescado haciéndolo secar al humo! No hay servicios pequeños hechos á la causa de la humanidad. La Holanda ha levantado una estatua de bronce al marinero que le enseñó á secar el arenque. ¡Dichosos aquellos que han sido útiles á sus semejantes, ellos han llenado todo su destino acá abajo, pueden morir en paz; tienen para sí el reconocimiento de los hombres y el descanso en el cielo!

Pero, hallarse como Cristóbal Colon, pobre y sin nombre y sin pan, perdido entre la multitud, y sobre la orilla del mar contemplativo y diciendo:—Hay allá abajo un mundo que me pertenece! Y en medio de esto buscar por toda la Europa un rey que quiera aceptar este mundo que él daba en cambio de algunos buques; ver á todos los sabios del siglo reírse de esta proposición, compadeciéndose á su autor; estar enclavado en la orilla por falta de una tabla para partir, y pensar que es posible morir llevándose consigo á la tumba todo un mundo: esa ciertamente es la mas alta y solemne posición en que jamás se ha encontrado un hombre de genio. Así, sin embargo, empezó su carrera Cristóbal Colon.

Había nacido en Génova el año de 1441, en el momento en que iba á empezar ese maravilloso siglo XVI, que fué, á hablar con propiedad, el primer extremo de la inteligencia europea. Hay quien dice que su familia era de baja esfera, otros por el contrario, que era de un origen noble; ¿mas qué importa? ¿qué mas da á hombres que adquieren tanta gloria, un apellido mas ó menos? Ellos son toda su familia, y son al mismo tiempo su presente y su porvenir. Lo que si es cierto, es que los padres de Cristóbal Colon eran pobres, y habían perdido sus bienes en la guerra. Los primeros estudios de Cristóbal Colon fueron estudios literarios; estudió las leyes civiles y los poetas, y tomó de memoria escritos de mérito, de modo que iba á ser un literato, cuando vió un día el mar, y desde aquel día se apoderó de la mar, desde aquel día dejó los libros de los hombres para leer en el cielo, ese libro de Dios. Y vedle ahí que emprende todos los viajes, que aporta á todas playas conocidas, que sigue el curso de todas las estrellas, que se aplica á comprender esta tierra que se le había dicho ser enteramente redonda, que sabía lo será, y de la cual, sin embargo, solo se conocía media superficie. Metida una vez semejante idea en tal cabeza, la idea debía de tomar cuerpo. Esta idea lo perseguía de día y de noche por tierra y por mar; siempre la llevaba consigo. Hablósele un día de la brújula, admirable aguja magnetizada, que siem-

pre se dirige al Norte, y acababa de ser descubierta. Cristóbal Colon comprendía que con la ayuda de la brújula, el navegante podría en adelante alejarse de la tierra sin temer nunca perder la estrella conductora en el cielo. Este fué ya un primer paso para el descubrimiento. ¡Mas cuánto camino nos queda que andar!

En otra ocasión, Pedro Torneo, pariente de su muger, trajo para Cristóbal Colon un pedazo de madera hallado en alta mar, de una forma rara, y muy nueva. Este pedazo de madera fué para Cristóbal Colon como una especie de revelación súbita, y desde aquel día no dudó ya del descubrimiento: tan cierto es que un hombre de genio saca provecho de todas las cosas. Ahora restaba solamente partir.

Empero ¿cómo había de partir? ¿Dónde hallaría el buque que debía conducirlo á ese mundo que le llamaba? Primero propuso Cristóbal Colon la América, como una adquisición á la república de Génova, su patria. Los genoveses le oyeron con desprecio. Repulsado por los genoveses, ofreció Colon su mundo á Juan II, rey de Portugal. Al cabo se dió oídos á su oferta; pero antes se enviaron otros navegantes encargados de quitar á Cristóbal Colon el universo que proponía al rey de Portugal. La expedición se frustró, porque el piloto no tenía confianza en sus operaciones. Regresó tratando á Colon de visionario. Este enfadado partió para Londres, y no habiendo adelantado nada en Londres, volvió á Portugal, que no le fué mas favorable que la Inglaterra. Durante cinco años anduvo así errante por caminos y puertos, de corte en corte, devorado por los pesares, desgraciado y desesperado. Por fin, un día, en el momento que iba á partir de España, donde estaba su última esperanza, para no volver mas, la reina Isabel le despachó un correo, anunciándole que la reina daba crédito á lo que aseguraba Cristóbal Colon.

Esta reina Isabel, era mas bien que muger, un grande hombre, y estaba entonces ocupada en reconquistar la España de los moros, que por espacio de quinientos años dominaban las hermosas provincias de Andalucía, de Castilla, de Navarra, de Aragon. Toda España quedó al fin libre de ellos. ¡Qué reina y qué muger! dirigir y con buen tino dos tan grandes empresas á un mismo tiempo: la libertad de España y el descubrimiento del Nuevo Mundo! Perteneció al siglo de las inteligencias y supo comprender á Cristóbal Colon; por lo demás tratábase solo de confiar á ese genio algunos buques para que lo llevaran á aquellas playas desconocidas. El 19 de abril de 1492, fué cuando Cristóbal Colon firmó su tratado con la reina Isabel. En este tratado la reina le reconocía como virey de todas las tierras, islas y mares por descubrir. Hecho esto, el 2 de agosto del mismo año, en el puerto de España que llaman Palos, tres buques que llevaban noventa hombres, se hicieron á la vela para la América. Esta escuadra había ya perdido la tierra de vista, y causó grande admiración á los marineros de la flota no ver otra cosa mas que el agua y el cielo, nunca un navío ni un árbol. Entretanto Colon enteramente dedicado á su descubrimiento, fija la vista en la brújula, consultaba los vientos é interrogaba al cielo. Nueve días iban pasados en alta mar, y ya los marineros temían no volver á ver mas la España. Sin embargo se adelanta siempre, y siempre sin ver otra cosa que agua y cielo. Unicamente se había hallado un tronco de un mástil de navío, se había visto una ráfaga de fuego ocultarse en el mar. Se esperaba con impaciencia la



tierra, mas no aparecía. ¡Cristóbal Colon seguía siempre su derrotero!

No obstante, los marineros pasaban ya del temor á la queja. Aguardaron todavía algunos días, pero no habiendo descubierto nada, instaron por la vuelta á España. Gritaron ¡á España! y se quejaron de sus gefes. Cristóbal Colon procuraba templarlos y tranquilizarlos con su ejemplo y sus discursos, ya hablándoles de las tierras que iban á descubrir, ya amenazándolos con la ira del rey y la indignacion de la España si retrocedían antes de haber acabado su viage. Por este medio contenía algun tiempo las quejas, pero no tardaban mucho en volver á empezar. Se formaban grupos sobre el puente del navío, se acusaba en alta voz al almirante, conspirando contra él y amenazando su vida. Decían que era preciso deshacerse de él y regresar á España sin continuar mas á el lado de un hombre que los lleva á su perdicion. Cristóbal Colon, siempre entregado á sus estudios escuchaba las amenazas y entonces le era preciso dejar su brújula y su estrella para presentarse en medio de los descontentos y contener el tumulto unas veces con ruegos, otras con amenazas. Una vez hizo Colon que el vigia gritase ¡tierra! ¡tierra! A este grito toda la tripulacion corre al puente, buscando la tierra y creyendo verla. Cristóbal Colon gana así dos dias de sumision y de respeto. Mas la tierra no se llegó á ver, ó mas bien desapareció porque era solo una nube, y entonces los murmullos se reprodujeron con mas fuerza. Cristóbal Colon reunió la tripulacion, y manifestó que dentro de una hora la tierra que buscaban se hallaria á setecientas cincuenta leguas de la Inglaterra. Añadió que iba á cambiar de rumbo y seguir el vuelo de los pájaros á ejemplo de los portugueses, que de esta manera han hecho todos sus descubrimientos. Y en efecto muchos pájaros desconocidos hendían los aires; un olor fuerte á tierra llegaba hasta los barcos; un día pasó cerca del buque una planta cultivada por la mano del hombre, se percibió una rama de espinos cargada de fruto; el viento era fresco: ¡cerca estaba la tierra. Colon era dueño de ella! No la veía aun, mas allí estaba á no dudarlo, Informó de ello á los marineros.—Velad toda la noche, les dijo, vereis la tierra mañana al despuntar el día. Al primero que la divise le daré una chupa de terciopelo y le prometo en nombre del rey 10,000 marcos de plata. ¡Discúrrase si se mantendrían despiertos toda la noche! En fin, el 12 de octubre de 1492, despues de una navegacion de treinta y cinco dias, Cristóbal Colon descubrió el Nuevo Mundo. ¡A la vista de este los marineros entonaron la *Salve!* Saludaron con las miradas la tierra prometida y tan deseada. Colon pasó á una lancha llevando el estandarte real, puso el primero el pié sobre aquella tierra, de la cual era el segundo creador. Al punto los marineros de rodillas y bañados los ojos en lágrimas, le pidieron perdon de su sublevacion proclamándole almirante. Así fué descubierto el Nuevo Mundo!!!

## II.

El Nuevo Mundo fué conquistado, y el hombre que lo habia descubierto recibió la compensacion de cuanto habia sufrido en el triunfo mas completo que debia asombrar al mundo.

Era una mañana del mes de abril de 1493, apacible y hermosa como todas las de primavera en el risueño clima de

Cataluña. Los balcones de la ciudad de Barcelona se hallaban cubiertos de vistosas colgaduras y banderolas, y en el puerto se veían los navíos empavesados con todas las banderas de todas las naciones. El ruido del cañon, el estrépito de las músicas militares y los gritos de la multitud, se unían á los alegres sonidos de las campanas que anunciaban una gran festividad. Era una festividad sin nombre, una festividad que no debía renovarse mas, y que debía dejar una memoria en la historia de la nacion española, recientemente constituida por la agregacion de las diversas coronas de que se componía en las cabezas de Isabel y de Fernando, reyes Católicos.

Aquel genovés que hemos visto presentarse pobre y ofreciendo un nuevo mundo á Isabel en Granada, cabalgaba en un hermoso bridon hácia la casa de la diputacion de Barcelona, no solitario ni abatido como en el dia en que despues de haber recibido los poderes de aquella gran reina, caminaba triste y meditabundo hacia el convento de la Rávida para ir desde allí á descubrir un nuevo continente, sino rodeado con la pompa y el esplendor que solo pertenece á los soberanos. Aquel triunfo era superior á los triunfos que hasta entonces habia presenciado el mundo. En Roma habian subido al Capitolio diversos triunfadores por haber agregado á la República ó al Imperio alguna provincia. Hoy iba Colon á presentarse á los reyes Católicos despues de haber agregado á sus dominios de Castilla y Aragon, no alguna provincia, sino la inmensidad de un nuevo mundo. Marchaban delante de la comitiva de Colon alegres grupos de catalanes que al sonido de sus pitos y tambores precedían al héroe de aquella fiesta. Venia este rodeado de los guardias de Castilla, notables por su aire marcial y su noble altivez. Iba cubierto con el suntuoso vestido de almirante del Océano, cuyo título habia merecido de los reyes Católicos.

Siete indios que habian sido cogidos en diversas islas, y que habian sobrevivido á las fatigas del viage, y á las variaciones del clima, marchaban en dos filas adornados con las plumas, las conchas y las piedras que usan aquellos salvajes, y que eran un espectáculo admirable en aquella fiesta. Brazaletes de oro cubrian sus piernas, y coronas de plumas erguían sus frentes. Llevaban papagayos, guacamayos, pájaros encarnados y azules que con sus discordantes chillidos atraían la atencion de la multitud que no se cansaba de admirar su hermoso plumage. Despues de aquellos salvajes, que representaban las inmensas comarcas sometidas á la dominacion de Castilla, seguían las gentes que habian servido en la expedicion de Colon. Llevaban coronas de oro, regalo de Guanajari: luego los ídolos de piedra adorados por los *igneris*, que habian ofrecido á Colon: las máscaras esculpidas con ojos de oro halladas en la isla de Cuba. Llevaban tambien cocodrilos con su enorme boca abierta guardada de doble fila de dientes, tortugas terrestres, *iguanas*, cuyo verde y azul habia desaparecido.

Marchaban tambien los marineros levantando en el aire ramas de palmas con dátiles pendientes de ellas, y otros seguían con las *macanas* de madera de hierro, con los arcos y largas flechas de caña empavesadas de plumas de buitre, con las que los habian combatido los caribes, y en medio de aquellas armas, de aquellas plumas y de todos aquellos trofeos maravillosos, se presentaba la bandera con la cruz verde y las armas de Castilla y Leon que habia ondeado sobre tan lejanas y distantes regiones.



Mas humilde, empero mas gloriosa, seguia detrás la bandera del almirante en la que estaban bordadas con letras de oro estas palabras:

A CASTILLA Y A LEON  
NUEVO MUNDO DIÓ COLON,

leyenda bien sencilla, empero que recordaba tanta gloria, y que explicaban las armas que acababan de concederse al almirante. Eran estas las armas de Castilla, cortadas por un grupo de islas y rodeadas de olas y áncoras de oro sobre campo azul.

Desfiló la comitiva por enmedio de la multitud entusiasmada de Barcelona, y llegó al palacio conocido bajo el nombre de Casa de la Diputación, donde los reyes de Aragón tenían su morada cuando venían á visitar sus estados de Cataluña.

El trono estaba levantado en una inmensa sala abierta á la multitud, en cuyas paredes se veían los retratos de los antiguos condes de Barcelona, tan célebres por su valor y por su amor á la gaya ciencia. En vano los ojos hubieran buscado en aquella sala las elegantes y esbeltas formas de la arquitectura morisca, de que han quedado tan admirables ejemplos en Granada.

Desde el siglo IX habian sido los moros arrojados de Barcelona, y no habian tenido tiempo de formar ningun edificio duradero en aquel hermoso país. Asi es que las iglesias y los palacios reproducían las atrevidas formas de la arquitectura gótica ó las bóvedas romanas, cuyo carácter está á la vez lleno de elegancia y gravedad. Para la solemnidad que se preparaba habia sido adornado aquel salon con numerosos estandartes cogidos á los moros en Granada, los cuales se inclinaban dando sombra al trono, que se alzaba al extremo de la sala. De este modo los reyes Católicos se hallaban rodeados de todas sus glorias. Presentóse Colon: desvanécese la gloria de sus señores por un momento, y un murmullo de admiración se esparce por todo el salon..... Pusieron de pie los reyes.

El grande hombre dobló en tierra la rodilla, humillando ante Dios su genio.

Isabel tomó la palabra antes que Fernando.

—Don Cristóbal de Colon, nuestro almirante de las Indias, levántaos.....

—La reina y el rey, mis señores, me han ayudado y favorecido despues de Dios: dénme su mano á besar.

—Señor almirante, dijo despues Fernando; no nuestra mano, sino nuestros brazos, y al mismo tiempo abrazó al descubridor del Nuevo Mundo.

El rey le mandó sentar á su lado y entre sus grandes.

Colon se hallaba en el colmo de la gloria. Estaban recompensados todos los estudios que habian ocupado su juventud; estaba recompensada la constancia con que habia seguido el proyecto que Dios habia inspirado á aquel hombre á quien los sabios del mundo habian tratado de loco, á quien habian despreciado los reyes como un visionario, y que solo habia encontrado fé en el corazon magnánimo de Isabel, y que ahora triunfaba de todos sus enemigos.

Cristóbal Colon tenia todavía que apurar las heces del cáliz de la amargura. El triunfo de Barcelona no habia sido mas que un brillante paréntesis en su vida de aventuras, de peligros y de pesares. Cristóbal Colon, privado de su pro-

tectora la reina Isabel, cansado de las fatigas que le habian producido las diversas expediciones que hizo á la América, murió en Valladolid el 20 de mayo de 1506, á los setenta y cinco años de edad. Aquel hombre que habia triunfado en Barcelona, ante quien se habia prosternado admirada la muchedumbre, que habian recibido en sus brazos los reyes Católicos, habia vuelto de su último viage de América, preso, cargado de cadenas, y para vengarse de la ingratitud de su época y marcarla con un eterno baldon en la historia, mandó que se colocasen en su sepultura las cadenas con que volvió cargado por orden del rey en su segundo viage.

Jamás hubo un hombre mas favorecido por la naturaleza. Su cuerpo era completamente digno de albergar un alma tan bella; tenia los ojos azules y rasgados; su estatura estaba llena de nobleza; era elocuente, afable y festivo, sobrio y moderado en todas las cosas. Tenia todos los géneros de valor. Sus largos viages y estudios astronómicos, no habian sido un obstáculo para que cultivase las bellas letras, con las que se consolaba con frecuencia de las penas que amargaban su vida. (Hacia versos latinos, que era toda la poesía de aquella época. Sobre todo ponía una gran confianza en Dios, y esta fé fué el origen de las grandes cosas que emprendió.

EL CONDE DE FABRAQUER.

## LA VUELTA DEL CAMPO DEL TRABAJADOR.

...Estaba el sol ardiente, y caminaba hacia cerca de una hora, y comenzaba á creer que ya no me hallaba en el camino de las ruinas de la Abadía. Habia encontrado aldeanos, mugeres y muchachos, empero sin atreverme á preguntarles mi camino. No sé qué timidez me vuelve mudo en los viages. Para pronunciar una palabra, aunque necesaria, es preciso que haga un esfuerzo casi doloroso. Arrepentíame ya de mi tontería, cuando detrás de un bosquecillo de árboles divisé una casa, y sobre los escalones, á la sombra delante de la puerta, una anciana con un niño.

—Envía un beso á ese caballero, dijo la buena muger al verme acercar.

—Nada era mas lisonjero ni mas apropósito para inspirarme ánimo. Hice una señal con la cabeza al chiquitín, y rogué á la abuela que me indicase la dirección y la distancia de las ruinas. Por ella supe con satisfaccion que las encontraria á menos de un cuarto de legua. Para darla las gracias la felicité sobre la gracia de su nietecito, y orgullosa ella queria enseñarme que aquel niño estaba muy adelantado para su edad, y le hizo repetir tres ó cuatro veces sílabas que parecían *á, ma, ma...* El chiquitín, tartamudeando aquellas palabras, mostraba deseos de reír y hacerse coger por mí para que le levantase en brazos, brillaban sus ojos como dos centellas....

Pronto terminé mi dibujo en las ruinas. Se parecían á esos mil destrozos del tiempo: una ó dos ventanas ojivales rotas, un rosario bastante bien conservado, pilares truncados enlazados por las zarzas y la yedra. En fin, lo que generalmente presenta todo dibujo de unas ruinas.